que consta que sofocó una multitud de conspiraciones: por allí otras de que por sus sabias providencias impidieron que tales y cuales revoluciones hicieran progreso en el feliz pueblo que tuvo la dicha de que le sirviera de egide: por acá otras en que trabajó para que las elecciones de diputados, senadores, presidente de la república, recayeran en estas ó aquellas personas: por allá..... pero ¿para qué es cansarnos refiriendo uno por uno sus inmortales hechos? Vdes. los que todavia huelen á la táctica y ordenanza del gobierno español siempre que se trata de probar el mérito de un soldado, van saliendo con el vegestorio de la hoja de servicios, como si no hubiera mas que un solo camino para acreditar el mérito y los servicios militares: vaya, vaya: por vida de....

E.—No levantes golilla, Gallito mio, me has tapado la boca: doime por vencido: verémos otro vestidito. Aquí saco uno que parece de arlequin. ¿A quién toca?

EQUILIBRISTAS.

G.—A ciertos maromeros políticos, que hacen unas piruetas que ya parece van à dar de costillas

contra el suelo, cuando hételos que caen parados como los gatos.

E.—¡Hola! ¿con que tambien tenemos maromeros en la escena?

G.—Y buenos.... ¿qué digo buenos....? sorprendentes, admirables. ¡Subir desde el foro á la cazuela guiando un carrito por una cuerda delgada! (*) ¡Bonita hazaña! Eso lo hace cualquier aprendiz de nuestros equilibristas políticos. Marchar á paso redoblado por un cabello flojo; por ejemplo de palacio á la ciudadela ó de la ciudadela á palacio; arrastrando trenes de artillería, escuadrones de caballería, batallones de infantería con sus músicas, tambores y chirimías, para que todo acabe en *ia*, esta sí que se la doy al mas pintado.

E.—Son suertes inimitables, no hay duda.

G.—Pues ¿qué me dirás cuando sepas que se camina por un cabello de la manera referida, no solo por unas pocas cuadras, como las que hay de palacio á la ciudadela, sino por muchas leguas; v. g.: de México á Veracruz, de Veracruz á Guadalajara, y aun á otras partes mas distantes.

E.—Digo que es un portento mayor, ó por lo ménos tan imposible, como volar un buey.

G.—La esperiencia desmiente esa comparacion. Hasta ahora nadie ha visto volar á un buey; y sí se han visto y se ven cada dia famosos equilibristas que hagan las suertes que te he contado.

E.—Mas ¿cómo pueden guardar tan perfectamente el equilibrio, que no se inclina á uno ó á otro lado mas de lo que convenga, y vayan á dar al suelo de cabeza?

(*) *Se alude á unas suertes que se hicieron en el coliseo.*

G.—Porque se sirven de un timon, con cuyo ausilio no hay riesgo de perder el equilibrio. Ese timon se forma de una madera que se llama inconsecuencia: en el uno de los estremos tiene un contrapeso de cierto metal muy sonoro que llamamos adulacion, y en el estremo opuesto otro contrapeso de metal brillante, que se llama descaro. Con este instrumento en las manos puede caminar por encima de un cabello, con tanta facilidad como por una sala alfombrada.

E.—Y ¿en dónde se vende esa madera y esos metales?

G.—En eso es en lo que consiste el secreto de los equilibristas. Solo ellos saben donde se venden esos utensilios, y tambien el tamaño del timon y la cantidad de metal que han de tener los contrapesos. Ademas, es necesario conocer la calidad del caballo sobre que se camina, como tambien la influencia que sobre él tenga la atmósfera; porque unas veces conviene correr por encima á todo escape, otras ir con una marcha muy pausada; unas es preciso avanzar, otras retroceder, para que no se rompa la cuerda; pues si esto sucede, ¡adios, pobre maromero! te estrellaste los cascos, ó á buen componer te *despernancaste*, y tendrás que andar á gatas por mucho tiempo hasta medio enderezarte, y

acaso en toda tu vida podrás volver á levantar cabeza. En evitar estas desgracias debe emplear su ciencia el buen equilibrista.

E.—Abomino de todo corazon semejante ciencia: no quiero ni aun volver á hablar de ella. Saquemos otro vestido.... ¿Dónde fuiste á pepenar estos andrajos? Sin duda los hallarias tirados en el *Factor*. (*)

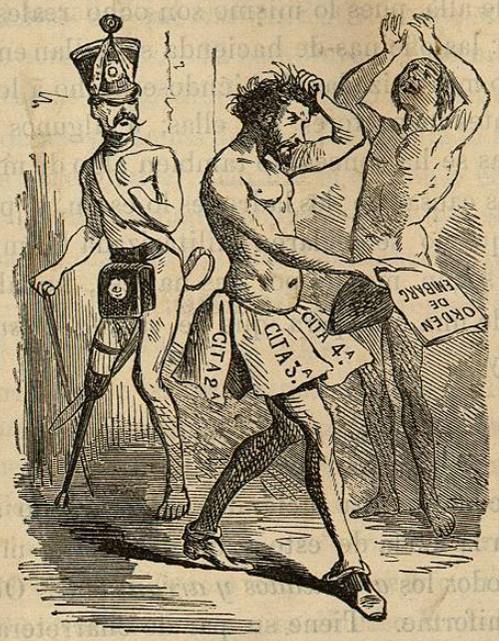
EMPLEADOS.

G.—No, amigo mio. Este es el uniforme de los empleados; se entiende esceptuando á los de oficinas recaudadoras y á los militares.

E.—Pues no hay duda de que es muy brillante el uniforme.

G.—Y para servirte, este es el de gala. El diario es el de la naturaleza pura; no la de que tratan los teólogos, sino, hablando *claris verbis*, el pellejo mondo y lirondo: por lo que algunos empleados no salen muchas ocasiones de sus casas para no llamar la atencion del público con un trage tan elegante. Pero dejemos ese vestido de *deshabillé*, y ecsaminemos el de gala, el cual sirve para asistir á la oficina, para el baile, la tertulia, el paseo, el campo &c. Míralo bien: ¿no adviertes que parece uniforme militar?

(*) Lugar en que se vendian la ropa y muebles usados, y en que hoy está construido el Teatro de Iturbide.



E.—En efecto.... No habia yo parado la atencion en su corte y adornos. Y ¿qué quiere decir eso?

G.—Quiere decir que yo, como estrangero, debo arreglar mi conducta á aquel proverbio: *Dum*

fueris Romae, romano vivito more: ó lo que es lo mismo: *A la tierra que fueres, haz lo que vieres.* Lo que yo veo en la tuya es, que todo, todo se militariza; los gobernedores de los Departamentos están militarizados, porque ó los gobernadores son militares, ó los comandantes generales gobernadores, que todo sale allá, pues lo mismo son ocho reales que un peso: las oficinas de hacienda se hallan en cierto modo militarizadas, habiéndose hecho á los comandantes inspectores de ellas: á algunos gefes de rentas se ha concedido tambien algo de militar; hasta las causas de los ladrones lo están, y ¡plegue á Dios que no se declaren militarizada la imprenta! que segun me da por las narices, no falta el grueso de una uña para que le *suceda el sucedimiento*, y

¡¡¡Miseros nos si tale declararetur!!! (*)

Pues como te iba diciendo. Procurando arreglarme á la moda de este pais, determiné militarizar á todos los *arrancados y arrancadas.* Observa el uniforme. Tiene su par de charreteras. la una formada de papel citatorio de un alcalde, para que el empleado comparezca con su hombre bueno, que por lo regular es otro militar de la misma calaña, á contestar á la demanda del carnicero

(*) Iriarte. *Metrif. invectiv.*

por lo que le ha fiado de carne. La otra se compone de una carta del casero en que le dice que, como le desocupe la casa en el dia, le perdona lo atrasado. La banda está tejida de los boletos en que constan las prendas que tiene empeñadas en las tiendas. La vaina de la espada, de papelitos sueltos en que no hay otra cosa que cobros de sus acreedores. El sombrero, de los memoriales y cartas suplicatorias, dirigidas á sus superiores y demas personas de quienes solicita el remedio de sus necesidades. En fin, el cordon y borlas del baston, lo he formado del cordel con que se ha de ahorcar el dia que le falte la paciencia. ¿Qué tal?

E.—Escelente uniforme. Mas se romperá pronto segun está maltratado.

G.—¡Qué se ha de romper! Es mas duro que un *tepehuage;* sin embargo de que no para un instante, pues anda de mano en mano. Ya se lo pone el empleado, ya el retirado, ya el inválido, ya el pensionista, ya el cesante, y vuelve á comenzar la *rueda:* hasta las viudas se lo ponen, y les sienta mejor que un túnico de punto. Medio México usa de este uniforme, y ahí lo tienes *tieso que tieso.*

E.—Ciertamente es una pobreza mas que franciscana la de esas pobres gentes. Mejor para ellas: porque no hay cosa mas sosegada que una bolsa sin dinero.

G.—Es verdad; pero tambien lo es que no hay

cosa mas inquieta que unas tripas vacías. Todo el dia y toda la noche gruñen; mas ni por esas. Para ellas nunca hay paz, ni tranquilidad. Bien sea que el armígero Marte en su sanguinoso carro recorra los campos del Anahuac; bien sea que la encantadora paz, sentada en la nevada cumbre del *Popocatepetl*, dirija sus vivificadoras miradas por la vasta estension de la república, las barrigas de las mencionadas personas siempre están en guerra *intestina*, segun la espresion de Fray Gerundio (*), pronunciándose en contra del hambre, y en favor de la comida. ¡Infelices! Está decretada vuestra suerte en el libro de los destinos.... Moriréis de muerte *adminícula y pésima.* Planes van, planes vienen; revolucion va, revolucion viene, y ahí te estás..... Ahora sí..... á ver si quiere Dios que en este pronunciamiento varíe nuestra suerte..... ¡Esperanzas burladas! Escuchad, escuchad vuestra sentencia: Jamas, jamas saldreis de *perro perro.*

E.—Muy romántico estás, Gallo mio. Deja romanticismos: vamos al grano.

G.—De eso puntualmente se trata, del grano; pero á los hambrientos empleados no toca ni la paja. Ademas, ¿cómo quieres que no aventaje en elocuencia al mismo Ciceron, cuando me toca mucha

(*) *Periódico satírico de España.*

parte del ramalazo? Tú sabes que cuando no te dan prorateos, ó alguna cosa á cuenta de lo atrasado ó de lo corriente, no me compras mi maicito, y hago penitencia como un anacoreta de la Tebaida: de suerte que á no ser por el cariño que te profeso, yo me hubiera vuelto á mi corral de la Viga á pepenar mis coladuras.

E.—Agradezco mucho tu afecto, y me es muy sensible que por estar en mi compañía te haya alcanzado mi mala suerte: tengamos paciencia: quizá ahora llegará la regeneracion hasta nuestras tripas.

G.—Creo en efecto que necesitan las hagan de nuevo enteramente, porque ya casi están consumidas del todo por inanicion ..... pero dejemos esas ideas funestas, y divirtamos siquiera el hambre con alguna cosita alegre..... Tomemos un vaso de agua fresca de esa tinaja que tienes en la ventana, por si el hambre fuere de calor, y continuemos nuestro escrutinio..... ¡Ah! qué linda está el agua!..... Oye como luego que la tomamos nos hacen las tripas *gur, gur, gur, gur....* Mira qué vestido de máscara tan *mono:* es de oropel, y cualquiera creerá que es de oro. Parece de soldado, de diplomático, de oficinista, de paisano, y es de todo y de nada. Mira qué chula careta.

HIPOCRITAS.

E.—Por cierto que está muy bonita la máscara, mitad blanca y mitad negra.

G.—¡Máscara!..... Así llamaban tus abuelos á las caretas: nosotros los modernos llamamos caretas á las máscaras. Pero.... si es gana.... no

caminarán vdes. por la senda del progreso, aunque los aguijoneen con dos garrochas.

E.—Vaya: dejemos cuestiones de nombre, pues ni somos periodistas, ni estamos discutiendo algun asunto en cuerpo colegiado. ¿Para quién es ese vestido?

G.—Para una inmensa multitud de individuos, aun mayor que la de los arrancados, que es cuanto se puede ponderar. Son innumerables las personas que ocultan su cara verdadera bajo la máscara que ellos, ó el diablo, ó por mejor decir, que el diablo y ellos han formado. ¡Oh! ¡Si se les cayera la máscara! ¡Qué diversos de lo que son aparecieran! Falsedad, engaño, traicion, superchería, es lo que encuentras por todas partes. No parece sino que estamos en aquella época, en que se hallaban las costumbres en el triste estado que nos pinta Bartolomé de Torres Naharro, en estos versos:

Virtud en el mundo no cabe ni mora;
Razon ni bondad no se usan agora;
Palabras sin obras se venden barato,
Faltar à cada hora, mentir cada rato,
Burlar de los justos se llama de porte;
Ser viles traidores prevalen en corte;
Falsarios veréis robar beneficios,
Ladrones à furia comprar los oficios.

No hay hombre de nos que piense en el cielo,

Ni quien haga caso del siglo futuro,
El mal va por bien, el aire por muro,
Lo negro por blanco, lo turbio por claro,
Virtud por estiércol, maldad por reparo,
Lo sucio por limpio, lo torpe por bueno,
La ciencia por paja, doctrina por heno,
Justicia en olvido, razon desterrada,
La fé es fallecida, y amor es ya muerto;
Derecho está mudo, reinando lo tuerto.

E.—Triste, verdaderamente triste es el cuadro que has bosquejado. ¡Infeliz del que vive en tiempos tan calamitosos!

G.—Lo peor es que á nosotros ha tocado vivir en ellos. No parece sino que el tal Torres Naharro habló en profecía, adivinando el estado de nuestras costumbres en el siglo XIX. Ahora ya el ponerse la máscara de amigo para estafar á un rico su dinero, ó seducir la muger ó la hija de un marido honrado, como lo hacen aquellos pérfidos protectores de los casados pobres, aludiendo á los cuales, dijo un poeta de cuyo nombre no me acuerdo:

En cas de los hombres pobres
Visitas de caalleros;
Si los pobres son casados,
Raras veces son à ellos.

Todo es una bagatela: son pecados de monja: hazañas de hipocritillas por menor, principiantes en la facultad. Los hipocritones por mayor, los padres graduados en la ciencia, ¡oh! esos tienen otro modo de cantar. Yo entiendo algo de fantasmagoría, y te representaré en ella las escenas que pasan originales en el mundo.

¿Ves á aquel personage con una cara de patriota ecsaltado? Pues no es mas que un servilon de *marca.* Míralo embaucando á aquellos patriotas bonazos, ecsaltando sus pasiones, escitándolos á la revolucion, proponiendo planes, buscando prosélitos, blasfemando del gobierno: todo eso es falso: está de acuerdo con él, y cuando haya cogido en su red á cuantos incautos pueda, *los echa por la cabeza:* los denunciados son perseguidos y castigados. A él, *para hacer la desecha*, lo mandan desterrado por ocho dias á Ixtacalco, al tiempo que los otros infelices van á Acapulco, Perote y aun mas léjos: pasan algunos dias y de repente ves á mi hombre con un buen ascenso en la milicia, un destino pingüe en una aduana, ó gastar mucho dinero sin saber por donde le vino.

Mira aquel otro: se pone la máscara de popular y dice al pueblo, que el gobierno lo oprime con tal y tal medida, y que aun trata de esclavizarlo enteramente con tales y cuales que tienen proyectadas; que si no procuran atacarlo con tiempo, serán sin duda sus víctimas. Vélo cómo en seguida se quita la máscara de popular y se pone la de *amigo del órden*, se dirige al gobierno y le dice: que si no ahorca, ó por lo ménos destierra á esos malditos

sansculottes, *ya puede componerse*, porque cuando ménos piense bajan rodando de cabeza por las escaleras de palacio, el presidente, los ministros, los oficiales mayores, los menores y hasta el congreso. Con esta conducta introduce la desconfianza entre gobernantes y gobernados, y aun entre funcionarios de distintos poderes; mantiene á todos en estado de alarma; no hay seguridad ni paz, y á rio revuelto ganancia de bribones.

Mira á aquel hombre adusto, con una cara de Caton Censorino, predicando prudencia y paciencia á los liberales, aconsejándoles que cedan á las circunstancias, y que se contenten con poco para no perderlo todo: que esperen otras mejores oportunidades, porque es necesario *sufrir para merecer*. ¿Piensas acaso que es un gran político un hombre verdaderamente moderado, que solo tiene por norte el bien de su patria, y evitar perjuicios á los liberales? No hay nada de eso. Es un hombre que quiere estar bien con los que mandan, porque así conviene á sus intereses particulares; pero no quiere perder el concepto de gran patriota, y al efecto se disfraza con la máscara de la moderacion y prudencia.

Mira á aquel otro, hecho un energúmeno contra el gobierno, criticando hasta las providencias mas justas: observa como de repente se quita la máscara de patriota y se pone la de ministerial ecsaltado, defendiendo aun las medidas notoriamente

despóticas. ¿En qué ha consistido eso? En que le ha dado el gobierno un empleo ó ascenso. Mas por el contrario; ecsamina bien á aquel que sigue y manifiesta una conducta enteramente opuesta al anterior. Era un panegirista hecho y derecho aun del mismo despotismo: repentinamente se convirtió en su enemigo irreconciliable. Es la causa que el gobierno se ha negado á una pretension ecshorbitante que tenia pendiente en un ministerio.

E.—Basta, basta: no me muestres mas copias de unos hombres tan falsos y venales, porque estoy haciendo cóleras *sin qué ni para qué*.

G.—No, esos hombres no son venales, sino *tripales;* porque de lo que tratan es de sacar su tripa de mal año y caiga quien cayere.

E.—Llámalos como quieras, yo siempre les daré el nombre que cierto autor, de que tampoco me acuerdo, que comparando á los hipócritas con Bel, ídolo de los babilonios, que por fuera parecia de pulido metal y por dentro era de barro grosero, dijo:

> **Bel mihi semper erit, qui mitem calidus agnum**
> **Finxerit exuperet cum feriiate lupos.**
> **Bel erit, externe tumuli, qui candidus instar,**
> **Interius tamen vile cadaver habet.**

G.—¿A qué viene esa ecsaltacion? Yo te juzgaba mas filósofo.

E.—Aunque tuviera uno la barriga llena de magnesia ó de carbonato de sosa, ¿á quién no se le irritaria la bílis viendo las escenas que me has presentado, y que por desgracia nuestra nada tienen ménos que ficticias? ¡A cuántos originales no convienen tus retratos! ¡Bribones!

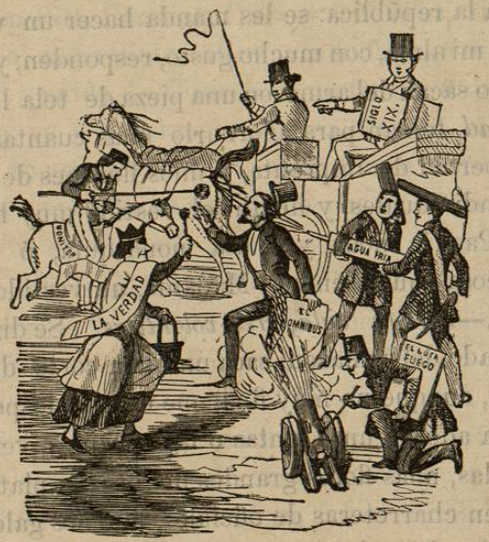
G.—¿Y por eso te has de incomodar? este es el mundo, Erasmo. Conozcamos los perversos; ecsaminemos sus facciones morales y políticas, para procurar no parecernos jamas á ellos. Lloremos la flaqueza humana como unos Heráclitos; pero riamos de los males en particular como unos Demócritos. ¿Quién no se lamenta de que el juicio, este Mentor que nos ha dado Dios para que nos dirija, se halle tan espuesto à perderse, que á veces aun las sensaciones mas ligeras bastan para perturbarlo, y volverlos dementes? Sin embargo, reimos de las ocurrencias estravagantes de los locos; pues lo propio hemos de hacer respecto de los despreciables bichos de que hemos hablado, y de otros de que hablarémos. Destierra, pues, de tu semblante ese aire sombrío, recobra tu jovialidad y mira este vestido, que no parece sino que es para la petimetra mas remilgada. Es un hermosísimo túnico guarnecido de flores de hortensia. ¿A que no adivinas para quién es?

E.—Supongo que será para alguna señorita que tenga que presentarse en alguna tertulia.

ESCRITORES PUBLICOS.

G.—Nada de eso, es para hombres.

E.—Solamente que sea para un hermafrodita que quiera vestirse de muger.



G.—Así es efectivamente. Este vestido está cortado para ciertos hermafroditas políticos, que han tomado el oficio de modistas. Es para los es-